



FUNDACIÓN CENTRO
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
E INVESTIGACIONES LOCALES
REGIÓN DE MURCIA

LA IDENTIDAD DE LA REGIÓN DE MURCIA

Discurso de Ingreso en el Comité Científico de la
Fundación Centro de Estudios Históricos e Investigaciones
Locales de la Región de Murcia

José Ballesta Germán

xxx

Y contestación

de José Antonio Lozano Teruel

xxx

Edita: Centro de Estudios Históricos e Investigaciones Locales de la Región de Murcia.

D.L.: MU xxx-2012

Imprime: Compobell s.l.

José Ballesta Ballesta

xxx

La Identidad de la Región de Murcia

Discurso de Ingreso en el Comité Científico de la
Fundación Centro de Estudios Históricos e Investigaciones
Locales de la Región de Murcia

... lloro la poca fe de un país, de una región que todavía no hemos hecho: Murcia, la Región murciana, el País murciano, el Reino de Murcia o como queramos llamar a este retazo de la piel de toro hispánica, que ya no es Mancha, porque la Mancha ha terminado en Hellín; que ya no es Valencia, porque Valencia termina en el Segura; que no es Andalucía porque un vacío de población, la frontera natural por excelencia ha venido a subrayar la distancia existente entre el obvio andalucismo de Almería (¿quién ha osado pensar otra cosa?) y este trozo de España demasiado impregnado por lo levantino para ser andaluz... Ni manchegos, ni valencianos, ni andaluces: ¿habrá que parodiar la desdichada boutade de Cánovas del Castillo, y decir que somos murcianos los que no podemos ser otra cosa?

José M^a Jover Zamora

Prólogo

Murcia en la Restauración 1875-1902

M^a T. Pérez Picazo

Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 1979

Esta brillante, emotiva y plenamente vigente reflexión del Prof. Jover Zamora en el prólogo del libro de la Profesora Pérez Picazo, "Murcia en la Restauración 1875-1902" editado por la Academia Alfonso X el Sabio en 1979, es decir hace ya casi ¡35 años!, pone de relieve, por un lado, la capacidad prospectiva del Prof. Jover, con su acertado análisis precursor y, por otra, el profundo sentimiento de pertenencia a la tierra en la que nació y que siempre procuraba visitar al menos tres veces al año, en Navidad, Semana Santa y Verano, pues como es bien sabido desarrolló toda su vida académica

fuera de nuestra Región, fundamentalmente como Catedrático de Historia en la Universidad Complutense de Madrid.

En relación con el primero de los aspectos que acabo de comentar, no me resisto a recordar una respuesta que ofrece en una entrevista preparada por el equipo de redacción de la revista *Panta Rei* (1996) y que, se incluye, como muy merecido homenaje, en este mismo libro y que he podido leer gracias a la generosidad del Prof. Chacón Jiménez. Preguntando si ¿Vale la pena la Historia? Responde: ...Uno de los factores que yo creo poco positivo en la civilización actual es eso que yo llamaría presentismo... Hay mucha tendencia a vivir el presente y a no tener en cuenta ni el pasado ni el futuro, y claro, una de las misiones fundamentales del hombre, esencial en lo cual está inserto, es el tiempo y necesitamos conocer el pasado, necesitamos conocer una trayectoria para saber exactamente, en una palabra para optar ante el futuro. Somos tiempo, somos herederos de un pasado, tenemos la responsabilidad de un porvenir.

Creo que en este último pensamiento se nuclea el motivo fundamental que hoy nos reúne aquí.

Por otro parte, decía que el Prof. Jover tenía un profundo sentimiento de pertenencia a esta tierra como queda reflejado en un fragmento de su discurso de investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Murcia (1985, pág. 35): *“Cuando hablaba de mi Murcia, así, con el posesivo que implica entrega y dedicación, lo hago consciente de que quien pierde sus raíces pierde su identidad... y mis raíces están aquí, en Alcantarilla, en Fuente Álamo, en la Era Alta y Balsapintada; en el esfuerzo desmedido de los míos entre los Vélez y Yeste, sobre las pinas calles de Cehegín o la sombra del Castillo de Caravaca; en el descanso sereno de las orillas del Mar Menor. Y en Cartagena, repleta de recuerdos, que modeló mi infancia y mi adolescencia”*.

En este punto, y por una doble cuestión de biografía personal y analogía con lo que acabo de reproducir, no me remito a transcribir ante ustedes las palabras con las que cerró su discurso de investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Murcia el Prof. Rafael Méndez. Aquel hombre

de 76 años, tras muchos años de exilio, lejos de su tierra murciana acabó su investidura con las siguientes palabras: *“Solo me resta decir que no es poca desgracia para un hombre sensible, verse apartado de la tierra que le dio el ser. Ya soy viejo pero mientras me quede un adarme de materia pensante no me consideraré viejo. No siento el suficiente deterioro físico ni mental que me impida llevar todavía una vida productiva, pero me acompañará hasta la muerte el dolor del alma de encontrarme definitivamente separado de mi viejo país. Toda conformidad tiene un límite que en mi caso se marca por el dolor del alma”*.

Por cierto, para los anales de esta docta institución debe quedar la reseña de que el Prof. Jover Zamora fue el primer alumno de la Universidad de Murcia nombrado Doctor Honoris Causa y el Prof. Rafael Méndez estudió preparatorio de Medicina en la Universidad de Murcia, junto a Luis Valenciano e Isidoro Mínguez, y no pudo concluir su carrera en Murcia, por la sencilla razón que en el año 1920 no se impartían estos estudios en nuestra Universidad. Marchó a Madrid y se alojó en la Residencia de Estudiantes donde tuvo de compañero de habitación a Severo Ochoa.

Pero volvamos al tema que nos ocupa, antes de colmar su benevolencia y agotar su discreción ante la reducida dimensión de mis conocimientos.

A la hora de pretender definir en que consiste lo que llamamos “identidad murciana” se acude a respuestas difusas. “Somos distintos” se dice. Se apuntan definiciones por exclusión. Si vale la anécdota, no deja de ser elocuente que Antonio Pérez Crespo, primer Presidente del Consejo Regional, tuviera que reconocer al Ministro Clavero Arévalo en su visita a Murcia el 25 de febrero de 1978 que *“Murcia se afirma en parte negativamente, porque ni somos valencianos, ni andaluces, ni manchegos”*. Julio Caro Baroja, al final del invierno del 1950 recorre Murcia junto al antropólogo del Smithsonian Institution of Washington, George de Foster y de esa visita surgen sus *“Apuntes Murcianos”* en los que deja escrito: *“Murcia es una encrucijada de las más típicas que hay en España, donde se cruzan lo castellano (manchego), lo aragonés, lo valenciano y alicantino y lo andaluz de un modo matizado y gradual”*.

El mismo Caro Baroja define a nuestro pueblo como una mezcla de estructuras sociales levantinas y estructuras espirituales andaluzas, en una aproximación certera –aunque limitada– a la complejidad de nuestras raíces.

El poeta Vicente Medina, uno de los murcianos con la vida más fascinante de nuestra historia reciente, aborda también la cuestión, aun no resuelta, de la identidad murciana. Lo hace desde los sentimientos, excluyendo cualquier cientifismo, pero es que en el asunto que estamos tratando no solo juegan los métodos académicos. En el epílogo de su obra más conocida, *Aires Murcianos*, dice:

“Mis aires murcianos y mis prosas trasunto de mi tierra con evocación, historia... Aunque sea cierto que Murcia no tenga hoy una apariencia regional, la ha tenido como Alicante y como Granada y Almería... La tiene Albacete mismo. No digamos regional; pero digamos aparentemente regional típica, característica, pintoresca: colorido, ingenuidad y gracia agreste, diversa y fresca... Defendemos y conservamos en lo posible, esta gracia rústica de nuestra tierra ¡nuestra madre!

Pero volviendo a los cauces académicos, recordaremos la oportuna reflexión del antropólogo Montes del Castillo al afirmar que la alteridad murciana aparece difusa y confusa al mismo tiempo. Los “otros” no murcianos (valencianos, manchegos y andaluces) no son enteramente “otros” en contraste, sino una prolongación del “nosotros” murciano.

Y en este punto convendría recordar la historia, pues podría explicar, en parte, la anterior aseveración, ya que lo que actualmente conocemos como Región de Murcia no incluye entre el 35 y el 40% de sus territorios históricos. Así, la región histórica murciana ha carecido, a lo largo de los tiempos de una vertebración estable y de límites incuestionables a la manera de Galicia, Aragón o Cataluña, pongamos por caso. Sus confines, afirma J. B. Vilar, fueron siempre fluctuantes a partir de los que tuviera el reino musulmán de los Ben Hud en el momento de la conquista cristiana a mediados del siglo XIII, y además con claras tendencias reduccionistas a favor de las regiones limítrofes (Valencia, Castilla-La Mancha, Andalucía) en virtud de acuerdos tomados siempre en función de intereses ajenos a la región, o al menos adoptados fuera

de ella y aplicados a comarcas de transición y por tanto de murcianidad débil o ambigua.

Estos mal definidos límites del reino histórico explica la existencia de amplios espacios que pudiéramos llamar de transición entre esta región y las limítrofes. Espacios transitorios que, aparte de otros propiamente regionales, uno tras otro han ido quedando fuera del ámbito murciano, dada la notable reducción de límites que ésta ha conocido en el curso de su historia. Así, diferentes bandas territoriales de mayor o menor cuantía situados en los flancos limítrofes de Almería, Granada, Jaén, Albacete y Alicante con la actual provincia/región, espacios aquellos donde la huella murciana continúa siendo perceptible.

Así, nos recuerda Jover Zamora, una vez más con un punto de apasionamiento que emociona: *“En Murcia no hemos sabido conservar la región (cada uno de nuestros vecinos se ha llevado un recuerdo) y no siempre con una actitud firme por nuestra parte... La primerísima tarea de los murcianos en el sentido del Reino, la empresa de todos (murcianos, cartageneros, del altiplano, de todos) es limar asperezas y considerarnos, porque lo somos de la misma tierra, hemos vivido la misma historia y hablamos de la misma manera... Tenemos la fortuna de recoger las dos mejores herencias que tiene España: la civilización latina (por ser pueblo mediterráneo), y por otra parte, ser castellanos, que es el mayor orgullo que podemos tener como españoles por nuestra lengua y esos leones y castellanos que tenemos en nuestros escudos”*.

Precisamente el Prof. Jover, conjuntamente con el Prof. Torres Fontes, influidos por este hecho propusieron –en vano- para la bandera de la Región de Murcia que las cuatro torres que hoy campan en ella lo hicieran en las esquinas simbolizando así las cuatro fronteras –castellana, mediterránea, valenciana (corona de Aragón) y andaluza- que definen la entraña y función histórica del antiguo reino.

En cualquier caso la organización territorial auspiciada por la revolución liberal, que en lo fundamental ha perdurado hasta hoy, resulta excesivamente centralizadora y burocratizada, y en definitiva fría y artificiosa. En lo que a la Región de Murcia se refiere la división provincial de 1833, en mayor

medida que en otros casos, se saltó los criterios histórico geográficos para dejarse llevar por otros exclusivamente administrativos, de forma que a la larga resultó excesivamente lesiva por cuanto el tiempo ha sancionado una reducción territorial arbitraria, complementada con la reciente segregación de las comarcas murcianas septentrionales (hasta la raya Chinchilla-Albacete) con la incorporación de la provincia albacetense a la Comunidad de Castilla-La Mancha.

Se trata por tanto de una reforma burocrática, de hechos, que no fundamentada en el convencimiento popular, en los sentimientos. La región en su conformación actual responde por tanto a criterios puramente administrativos que, aunque no exentos de unos ciertos fundamentos políticos y económicos, resultan artificiales por entrar en colisión con la realidad geográfica y cultural, y con una tradición histórica multiseccular.

Lo mismo podríamos afirmar de la totalmente arbitraria ruptura de la unidad hidrográfica del segura, el río que vertebraba el espacio levantino-mediterráneo del sureste, pero que en el tratado de Torrellas-Elche (1304), por el que sobre el papel del mapa de la época Castilla y Aragón se dividieron los territorios de la futura conquista cristiana, y dio lugar, por tanto, a la primera ruptura político-administrativa de un espacio homogéneo geográfico, cultural y socialmente.

Así quedaron fuera de Murcia y su provincia (hoy Región de Murcia) una parte de las tierras del alto Segura, los altiplanos situados al Norte y Este de Yecla, varios parajes del alto Guadalentín y todo el bajo Segura. Tierras todas que además de constituir una unidad geográfica con el territorio de que fueron segregadas, son de historia y poblamiento netamente murciano, y aún hoy, siglo y medio después de establecida la vigente y ya bien afianzada demarcación de referencia, tienden a gravitar económica y culturalmente hacia su antigua región. Lo que prueba que una realidad administrativa, por consolidada que esté, difícilmente puede sobreponerse a una realidad natural.

Este hecho que puede parecer ventajista en unos tiempos de autonomismo o reivindicación territorial no es en absoluto nuevo. Reproduzco para ustedes un fragmento del discurso inaugural de los cursos de extensión universitaria

en la Universidad de Murcia leído públicamente por el Prof. Justo García Soriano en la Facultad de Letras de nuestra Universidad el 10 de marzo de 1920, llevaba, por cierto, el siguiente título: *“La Región Murciana. ¿Existe propiamente? Su delimitación y caracteres”*.

“Pero es inútil, porque sobre el capricho o la razón de estado de soberanos y legisladores, está la ley natural de los hechos, que nos dice que es inútil separar a los pueblos que la naturaleza ha unido y que se ven solidarizados por su suelo, por su tradición y costumbres. A despecho de todo, y como no puede por menos, nuestra región existe con carácter propio y bien definido. A despecho de los fraccionamientos políticos que en el transcurso del tiempo ha sufrido, la antiquísima tierra de los contestanos, la provincia carthaginense espartaria de Cartago y de Roma, la Orospeña de los bizantinos, la Aurariola de los godos, la cora de Todmir y el pequeño reino moro formado a orillas del Segura, conserva firme y vigorosa su personalidad de región, que por derecho innato, consolidado durante cuatro siglos, le otorga la Geografía y la Historia”.

En definitiva las fronteras físicas de los pueblos no coinciden generalmente con las fronteras mentales, es decir, que los límites geográficos no se corresponden habitualmente con los límites simbólicos.

Por ello, quizás, la propia identidad murciana no aparece tan homogénea y radical como para presentarse incompatible con las identidades circundantes de Valencia, Andalucía y Castilla-La Mancha, precisamente por la prolongación de la propia identidad murciana en estas Comunidades Autónomas.

Otro impedimento para la existencia de una identidad regional clara y precisa, además de ésta de índole geográfico-administrativo que acabamos de analizar, tiene que ver con la eclosión y la preeminencia de las identidades locales, comarcales o municipales. En conocida expresión del Prof. José M^a Jover: *“Hay tantas Murcias como campanarios”*. Así, en el magnífico prólogo al libro de Clemente García *“Crónicas de 15 años. La Autonomía de Murcia. 1982-1997”* escribe: *“creo que el murciano –en la acepción regional de la palabra– se siente cálidamente vinculado, por una parte –y a veces con un cierto exclusivismo–, a su “patria chica”, a su pueblo o ciudad. Y, por otra*

parte, con su patria grande: con una España que tiende a identificar con Castilla, pues castellano se siente. En cuanto a esa patria intermedia que es la región, los sentimientos de vinculación, que tanto cuentan para catalanes o aragoneses, asturianos o andaluces y, en general, para los nativos de todas las regiones de España, entre los murcianos no están tan arraigados. Creo que esto no es bueno, ni para el equilibrio regional de España –nuestra patria grande– ni para el espíritu de fraternidad, de solidaridad y de recíproca complementariedad que debe predominar entre comarcas, ciudades, pueblos y familias ligados entre sí por lazos seculares.

Las motivaciones de esa cierta incapacidad psicológica para sentir la región, en palabras del Prof. Jover, podría caminar por tres senderos: En primer lugar un arraigado sentimiento de comarca, que saltando por encima de ese radio intermedio entre lo local y lo nacional que llamamos región, dependería directamente del poder central, la corona de Castilla primero y la capital del Estado después. En segundo lugar la resistencia al tipo de afirmación centralista que en el marco regional ha simbolizado la ciudad capital de la provincia y en tercer lugar la fuerza enfrentadora de hombres, de colectividades, de intereses comerciales y locales, que entre nosotros supuso el caciquismo.

A estos factores habría que añadir en opinión del Prof. Juan B. Vilar otros: la jurisdicción separada que en lo político-administrativo y en lo eclesiástico disfrutaron hasta bien entrado el siglo XIX los extensos territorios dependientes de las órdenes militares. Así, las encomiendas de San Juan de Jerusalén en Archena y Calasparra, los territorios santiaguistas de Totana-Aledo, Cieza, Ceutí y Lorquí, las villas del valle de Ricote y sobre todo el compacto bloque de las vicarías también santiaguistas de Caravaca-Cehegín-Bullas, Moratalla, Yeste, Beas y Segura de la Sierra.

También, la inexistencia de una cultura murciana equiparable a la de las regiones españolas mejor definidas. Este es un punto controvertido. Creo, sinceramente, que si referido al pasado podría discutirse esta aseveración, no me cabe duda de que no puede plantearse lo mismo en el presente. El propio Jover Zamora afirma categórico que existe una cultura regional murciana

definida y que desde luego en el campo de la historiografía está alcanzando una creciente densidad de manifestaciones.

En cualquier caso, desde su humanismo, Jover establece la necesidad de hacer compatible el amor a la patria chica con la conciencia regional de una comunidad levantina y castellana a la vez, con formas de convivencia y civilización, reconociendo que la capital histórica no es sino un centro del que irradian los caminos que conducen a los límites actuales de la comunidad.

Somos los murcianos habitantes de un lugar de España a caballo entre culturas y formas de ser distintas, todo lo cual contribuye a configurar nuestra natural y primitiva forma de ser. Siempre será poco cuanto hagamos los que nos sentimos arraigados en el solar de este viejo Reino de Murcia para hacer compatible a ese cuerpo superior que llamamos España, con nuestro legítimo patriotismo local; por mantener vivas nuevas formas de convivencia y de civilización, ese peculiar humanismo murciano en el cual convergen todos nuestros particularismos y que tan característico es de la auténtica identidad murciana.

MURCIA REINO-FRONTERA. CONDICIÓN CLAVE DE LA IDIOSINCRACIA MURCIANA

Fue el Prof. Torres Fontes el que acertadamente definió al de Murcia como un reino-frontera.

Este hecho se revela como crucial a la hora de definir nuestra peculiaridad murciana pues, de acuerdo con Jover, somos la resultante de una triple paradoja. Somos castellanos, pero somos también mediterráneos. Somos levantinos, pero la expansión de la gran lengua española de levante, el catalán-valenciano, se detuvo en nuestros confines. Somos meridionales, y meridionales son nuestras formas de civilización, pero no somos andaluces; entre las respectivas reconquistas del reino de Murcia y del reino de Granada se interpuso un cuarto de milenio. En el fondo somos uno de los pueblos más

viejos de España, con sus raíces a orillas del Mediterráneo, entre las colinas y las calas de Cartagena, a través de los cuales penetró en nuestra tierra la civilización y la lengua de Roma, el cristianismo, las corrientes liberales y democráticas de los últimos siglos e incluso el mismo principio federativo, recordemos aquí el cantón de Cartagena y el cantón murciano, que actualmente ha constituido el fundamento de la nueva Europa. Somos uno de los pueblos más viejos de España; pero hoy somos uno de los más jóvenes, con una de las tasas de natalidad más altas de España y con una capacidad de iniciativa dentro y fuera de nuestra tierra que ha venido a hacer realidad viva la bella y fuerte definición que de nuestro pueblo nos legó el poeta oriolano Miguel Hernández: *“Murcianos de dinamita, frutalmente propagada...”*.

Murcia ha sido a lo largo de la historia tierra de fronteras, cruce de caminos, encrucijada de civilizaciones. Es posible que la personalidad del murciano surja como consecuencia de la amalgama de los pueblos circundantes y que la Región de Murcia tenga sus señas de identidad en la síntesis, en el mestizaje. Efectivamente, este territorio arrinconado en el mapa de España, ha estado emplazado, desde sus orígenes, entre cartagineses y romanos, entre visigodos y bizantinos, entre castellanos y aragoneses, entre cristianos y nazaríes, entre españoles y berberiscos, a orillas del mediterráneo. Lo propio del genio murciano ha sido ensamblar, de manera singular, todas esas culturas, fecundarlas recíprocamente para generar, en el presente, una síntesis histórica y una personalidad cultural irrepetible.

Cada uno de esos distintos elementos dejó algo de su alma y de su sello personal en nosotros: la vehemencia pasional de los hijos del desierto, la austeridad viril de Castilla, la noble y ruda franqueza y la tenacidad férrea de Aragón y Cataluña; la sangre altiva y generosa de Rodrigo Díaz de Vivar con la indómita y bravía de los almogávares catalanes y aragoneses. Por eso la característica de nuestra región es como una síntesis de todas las virtudes y todos los vicios nacionales; y somos en este sentido, el país más representativo de España.

El geógrafo francés Jean Sermet en su visita a Murcia, esquivando los tópicos, y desde su mirada foránea y alejada de localismos escribe:

Murcia no es un apéndice de Andalucía o Levante –el furgón de cola de esas regiones, según el viento del rumbo de los viajeros– sino que obra de catalizadora de esa encrucijada de influencias andaluzas y levantinas que asimila y transforma, permaneciendo fiel a su mismidad.

A despecho de préstamos innegables, Murcia se aparta de Andalucía y del Mediodía en muchos puntos.

La provincia de Murcia se afirma original, originalidad que se le pueda notar en el carácter; Murcia tiene un fuerte sabor regionalista, uno de los más fuertes de España.

Por cierto, que no me resisto a reproducir la descripción que el geógrafo hace de la luz de Murcia, en línea con lo que Jorge Guillén denominó Felicidad atmosférica indicando que en Murcia se puede respirar la luz:

“La sequía se traduce aquí en la pureza del cielo. Es la región donde el aire es más transparente; en una atmósfera de cristal, las montañas lejanas parecen de porcelana con la luz resaltando los menores relieves. Firmamento azul cobalto. Murcia es la región más radiante”.

Pero también es cierto que es la nuestra una tierra poco proclive al reconocimiento de lo suyo, en la falsa creencia de que si eso se hace sería síntoma de cortedad de miras. Nos cuesta sentirnos y reivindicar ser hijo de esta tierra.

El humanismo murciano, algo de tan difícil explicación, de tan compleja definición. Algo que se manifiesta día a día en unos modos de comportamiento, en unas pautas de actuación generales de todos los que hemos nacido y vivido en esta tierra: inquietos, un tanto desordenados, bastante informales, líricos, sensibles, a veces tímidos, siempre pródigos y generosos hasta el extremo, soñadores, hospitalarios, algo petulantes, amantes de la familia y de los nuestros, de la calle, del sol, tiernos, ingenuos y un punto infantiles.

La cualidad extraordinaria que presenta el murciano es la tolerancia, el respeto al hombre por encima de todo. Podríamos afirmar que nuestra principal deferencia es que no nos sentimos diferentes a nadie. En una entrevista, preguntaron al Prof. Jover acerca de cuáles han sido los murcianos

más influyentes del siglo XX. Responde de un tirón. *“Los que todavía, al morir, ponen en su esquela el apodo para certificar más su personalidad. Han sido los que han tenido que emigrar, los que durante la Guerra Civil, en esta tierra apenas mataron adversarios, los que mantienen esa “humanidad murciana” y la que ven en el otro un ser humano como él y una persona, que por el hecho de serlo, tienen derecho al respeto. El murciano cualquiera. Ante los ojos de Dios, para mi que soy cristiano, esos son más importantes que los que hacen grandes cosas y vienen en los libros. He improvisado, concluye, pero eso es lo que llevo dentro.*

El territorio de José M^a Jover fue, en palabras de su discípulo el Prof. Guillamón Álvarez, el del magisterio en su acepción profunda, esto es, enseñar, no inculcar, la idea de una España plural más ancha que Castilla. Tuvo como referencia el compromiso con la independencia, la responsabilidad, la honestidad, el amor al trabajo y el sentido del humor. En mi opinión su punto de amarre más trascendental, fue el humanismo cristiano.

José Antonio Lozano Teruel

xxxx

**Contestación al discurso de Ingreso del
Dr. José Ballesta como miembro del Comité
Científico del Centro de Estudios Históricos e
Investigaciones Locales
de la Región de Murcia**

Excmos. E Ilmos. Miembros de la Junta de Patronato de la Fundación Centro de Estudios Históricos, Excmas. E Ilmas Autoridades, señoras y señores:

Con su bello discurso sobre 'La identidad de la Región de Murcia', el profesor Ballesta nos ha proporcionado sobradas muestras de su destacada inteligencia y universalidad. Él, como Uds., es pleno merecedor del ambicioso calificativo de persona universal, ya que, como bien dijo un gran poeta que moría (posiblemente de pena, también se puede morir de pena), a los cuatro días de tener que desterrarse de su patria, D. Antonio Machado: **“si quieres ser universal ama a tu pueblo”**. A lo largo de una vida dedicada al servicio público de sus conciudadanos el profesor Ballesta viene demostrando un permanente gran amor a su pueblo.

Entonces, ante un auditorio experto y también universal como el de Uds., cultivadores de diversas ramas humanísticas, fundamentalmente la de la Historia, esta tarde me encuentro yo, un profesor universitario de Bioquímica y Biología Molecular, sin otro mérito que el de sentir un profundo cariño por quien fue mi discípulo durante un corto tiempo, pero se convirtió en mi compañero y, sobre todo, mi leal y comprensivo amigo durante largos años.

Conocedor de mis limitaciones, ante el exceso de confianza y afecto que Uds. han depositado en mí al encargarme la contestación al discurso de ingreso del profesor Ballesta en el Comité Científico de la Fundación Centro de Estudios Históricos e Investigaciones Locales de la Región de Murcia, sólo puedo corresponder con una petición de benevolencia y de agradecimiento sin límites. Agradecimiento a todos y cada uno de Uds., que personalizo en su director, el profesor Chacón, con quien me unen fuertes y duraderos lazos de amistad y común quehacer universitario.

Al escuchar las lúcidas reflexiones expuestas por el profesor Ballesta sobre la identidad de Murcia, mi deformación profesional, tendente a analizar los hechos según las bases de las ciencias moleculares, me hace pensar que, efectivamente, Murcia es su biología o genética, es su física y ha de ser también su química. En otras palabras, Murcia es el hombre, es la tierra y es el agua. O, también, Murcia es el modo de ser de sus gentes, el color y las formas de su paisaje y el culto al agua.

En tal caso, ¿no sería posible glosar el exquisito y documentado discurso escuchado con unas pequeñas y, posiblemente, elementales reflexiones sobre la posible existencia de una biología, una física y una química de nuestra tierra? Aparentemente, se trataría de una aproximación poco habitual, pero ya estamos todos muy acostumbrados a que la ciencia moderna tenga bastante qué decir sobre cuestiones que tradicionalmente se planteaban en otros terrenos más humanísticos como los de la Filosofía, la Teología o la propia Historia. En cualquier caso sólo serán unas leves disquisiciones que corroboran el profundo análisis realizado por el profesor Ballesta en su discurso.

Biología, Física y Química. Comencemos con la Biología y con su expresión más actual, la Genética Molecular. Como Uds. saben bien, un nieto de Josiah Wedgwood, el fundador de la famosa fábrica inglesa de cerámica; un naturalista que poseía una sólida formación en Medicina y Teología, es decir, Charles Robert Darwin, dejó establecido que la evolución es la fuerza motora de los procesos biológicos, es la clave para intentar comprender la biología de los seres vivos. Desde Darwin quedó claro que la evolución es la base para intentar comprender la biología de los seres vivos, ¿tiene ello algo que ver con la identidad murciana? ¿En tal caso, cuál sería la principal característica biológica de los murcianos?

Podríamos acudir a la historia y a la observación. No somos un grupo étnico definido, no tenemos un Rh especial, ni siquiera un color de tez único, ni una forma de ser, ni de sentir, uniformes. Si paseamos por los caminos de la huerta podremos incluso encontrarnos huertanos o huertanas, rubios o rubias, de ojos azules. La historia nos enseña que desde la prehistoria que se hunde en los tiempos más remotos, a la actualidad, con el importante fenómeno

de la inmigración, esta tierra ha sido lugar de mezclas, de amalgamas, crisol de culturas y civilizaciones que han ido dejando su huella y su aportación biológica, **sus genes**. Por su situación geográfica Murcia ha sido permanente tierra de fronteras, entre cristianos y musulmanes, puerta de acceso al y desde el Mediterráneo, como muy bien ha recordado el profesor Ballesta en sus referencias a Caro Baroja y Torres Fontes.

Por ello, el murciano no es único, no es uniforme sino diverso, con aportaciones étnicas de fuera y de dentro. Incluso ha habido algún intento, como el de Ruiz-Funes García, de explicar el carácter murciano a expensas de la huella dejada por cada uno de los componentes étnicos. Así, entre otros muchos rasgos analizados, habríamos heredado de los árabes cierto fatalismo y resistencia al progreso, pero también hospitalidad, junto al buen hacer agrícola y el aprovechamiento inteligente del agua; de los aragoneses, cierta tolerancia y espíritu liberal; de los catalanes un importante factor económico; de Castilla, de sus zonas interiores con menos influencia árabe, nobleza, austeridad de costumbres y religiosidad. Y así, un largo etcétera.

Un largo etcétera muy beneficioso, porque, como decía el revolucionario pensador ruso Mijail Alexandrovich Bakunin “la uniformidad es la muerte; la diversidad es la vida”, coincidiendo con la forma más poética de expresarlo del dramaturgo alemán Friedrich Hebbel: “Vivo: es decir, me diferencio de los demás”.

Murcia y los murcianos somos así. Las enseñanzas y consecuencias del Proyecto Genoma Humano se están haciendo cada vez más evidentes en todos los ámbitos de nuestras vidas y lo serán más en las de nuestros descendientes y confirman rotundamente las teorías evolutivas de Darwin. La característica principal de nuestro mundo es la de la emergencia, la de desarrollar evolutivamente formas estructurales cada vez más complejas. Ello conduce necesariamente a la biodiversidad.

Por ello, la existencia permanente de un verdadero crisol genético que históricamente ha configurado al murciano es un hecho muy positivo, de acuerdo con las enseñanzas de la evolución, de la fuerza de la biodiversidad, del rechazo de la endogamia y de la conveniencia de mezclar patrimonios

genéticos diferentes. La falta de pureza étnica es nuestro mejor patrimonio, ya que nuestro modo de ser peculiar se basa, en buena medida, en nuestras ricas mezclas genéticas e, incluso, los creyentes, pueden pensar que de ese modo, con esa mezcla genética, se ha colaborado y se puede seguir colaborando más fielmente con un Dios evolutivo, fuente de la evolución.

Si en el comportamiento, en el modo de ser de cualquier organismo son importantes los genes tanto o más lo es el entorno, el ambiente. De ahí la necesidad de comentar el segundo gran protagonista de esta tierra, la Física de Murcia, el paisaje murciano.

El paisaje murciano es bello, es exuberante. Precisamente un gran murciano, de origen extremeño, D. José Loustau y Gómez de la Membrillera se refería a estos dos conceptos en uno de sus lúcidos discursos, "El ideal de la vida". Afirmaba, con un razonamiento estético, que la observación del mundo vegetal muestra que la belleza no es más que un lujo que se permite la naturaleza cuando hay superactividad, momento en el que el ser excede a sus necesidades y a su lucha por la asimilación. En el caso del hombre, cuando la potencia intelectual sobrepasa a la utilizable para el servicio de la asimilación, se utiliza ese exceso para experimentar la emoción estética y para otras tareas espirituales. Afirmaba D. José, a quien tuve la gran suerte de disfrutar como profesor en mis inicios estudiantiles en la Universidad de Murcia, que es justo y necesario el uso de este sobrante, aunque la dedicación excesiva a lo bello, podría comportar, y hay ejemplos históricos de ello, un abandono de las funciones estrictamente vitales y, con ello, la decadencia del individuo o de un pueblo entero. La verdad es que este fino análisis de D. José Loustau nos podría explicar algunas de las características y de los peligros del modo de ser de muchos murcianos.

El gran ciezano universal, por su cultura y reconocimiento internacional, que fue D. Antonio Pérez Gómez, reflejó ideas parecidas en muchos artículos que quedaron plasmados en uno de sus múltiples y excelentes libros "Murcia en los viajes por España", y la impresión de exuberancia de la huerta murciana ya había sido captada, a través de los siglos, por muchos y muy diferentes visitantes. Cuando Abduabdala Mohamed, *el andalusí*, forzosamente hubo de alejarse de Murcia, cantaba su pena:

Oh tu que te hallas ausente. El deseo de volver
a ti ha dejado ya su trono en mi corazón;
resistir más tu separación me es imposible...
Sin ti no hay placer para mi alma
Y mi vida no se ve libre de enojos

Sentimientos parecidos que también expresaron visitantes ilustres como (hacia 1494-1495) un médico alemán de visita por España, Jerónimo Münzer, o, a finales del siglo XVIII, el sacerdote británico Joseph Townsend y el miembro de la Royal Society Richard Twiss, coincidentes con otros muchos viajeros extranjeros que relataron sus impresiones de la huerta murciana como un extenso y hermosísimo tapiz de intenso verdor producido por el agua que fertiliza la tierra y hace salir de sus entrañas plantas de todas clases en una sinfonía de verdes distintos.

Saltando en el tiempo, para Martínez Tornel, la visión cercana de la huerta era así:

Do quiera los ojos miran
plácidamente se pierden
en un bosque de moreras
de palmeras, de cipreses

Para mi gusto, el análisis más agudo y profundo sobre el paisaje murciano y su influencia sobre el modo de ser de los habitantes de esta tierra lo realizó una inolvidable personalidad con la que tuve el honor de compartir profunda amistad y colaboración generosa en las difíciles tareas de iniciar la Facultad de Medicina. Se trata del gran científico y humanista Dr. Valenciano, D. Luis Valenciano Gayá, en un discurso leído en la solemne sesión del 2 de setiembre de 1951 de la Academia Alfonso X el Sabio, con el título de “Vivencia e influjo del paisaje”, en el que trataba de conocer hasta qué punto el modo de ser del hombre murciano, del ser humano que vive en Murcia, podría estar influido -entre otros condicionamientos- por la vivencia del entorno geográfico, cósmico, en el que desenvuelve su existencia.

Recordaremos que el estudio de las influencias de los factores ambientales sobre el modo de ser y vivir de los humanos fue bautizado, en 1911, por el autor alemán Hellpach, con el nombre de Geosicología, definida con precisión alemana como la impresión sensible total suscitada en el hombre por una sección de la superficie terrestre en unión con la sección del cielo que se encuentra encima.

En relación con ello, en el caso de Murcia, según el Dr. Valenciano, aparte de la luz, existen tres elementos fundamentales en la vivencia paisajista: el color, la textura y la dimensionalidad. Los colores de Murcia son suaves, no calientes, destacando los verdes, el azul del cielo y el blanco. En cuanto a las formas son ricas, de hechuras recortadas y variadas: naranjos, limoneros, moreras, frutales, cañaverales. Respecto a la dimensionalidad, destaca la escasez de horizontes, los árboles tapando la huerta, las montañas a distancia media, ni tan próximas que abrumen ni tan lejanas que pierdan realidad.

La consecuencia de estos tres elementos del paisaje murciano es la de favorecer las tendencias centrípetas, la adaptación, la buena relación con el medio, el apego a la realidad. Por el contrario, este paisaje no exalta los procesos volitivos dinamizantes, provocadores de dominio espacial y temporal.

Si pasamos al tercer factor, tras la Biología y tras la Física, es decir, la Química de Murcia, su protagonista es el agua. El agua que para San Francisco de Asís era "...la hermosa agua, que es utilísima, preciosa, casta y humilde".

¿Humilde agua? El agua es el centro, la base imprescindible de la vida, de cualquier proceso viviente. Cuando la curiosidad, el afán de saber, llevan al hombre a querer saber si estamos acompañados en el Universo, construimos sofisticadas naves espaciales con aparatos y sondas tecnológicamente muy avanzados y la pregunta principal que les hacemos parece sencilla: Averiguar si hay o ha habido agua en Marte, en otros planetas, en otros sistemas solares, en otras galaxias.

Sin agua no existe posibilidad de vida. El agua es la principal molécula de los seres vivos, constituye casi las tres cuartas partes de toda su composición. El órgano humano que posibilita la consciencia, que nos ennoblece y nos diferencia del resto de los seres vivos, el cerebro, posee un 80% de agua. Un

niño, todo actividad y vida en su 75% es agua, mientras que en un anciano, con vitalidad menguada y decadente, el agua suele no superar el 60%. El agua es la vida.

Los científicos sabemos por qué esta pequeña molécula es tan importante. Se debe a una propiedad que los químico-físicos llaman hibridación de orbitales. Ello hace que, como los imanes, se atraigan las zonas cargadas diferentemente, existan varios tipos de interacciones mutuas en moléculas de agua entre sí y el agua, en lugar de ser lo que debería ser, un gas, a temperaturas usuales, sea un líquido desde los 0° a lo 100°C, un líquido que disuelve casi todo, que en nuestras feraces huertas lleva los nutrientes a las raíces de las plantas en los riegos, que transporta los nutrientes desde las raíces a las cúpulas de los árboles más elevados, y al absorber grandes cantidades de calor sin sufrir grandes cambios permiten la vida acuática y terrestre y los mares y océanos atemperan las temperaturas de los continentes.

Los murcianos necesitamos, conocemos, queremos, mimamos el agua. Murcia y cultura del agua son sinónimos, son lo mismo.

* * *

Y, me permitirán Uds. que finalice con la breve glosa personal del nuevo miembro del Comité Científico de la Fundación. El profesor José Ballesta Germán, desde que finalizó su segundo periodo de mandato rectoral (año 2006) viene desempeñando con gran eficacia y éxito importantísimos cargos de responsabilidad en el equipo de gobierno de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Pero, a pesar de la brillantez de su tarea, deliberadamente estas labores las obviaré en atención al ambiente académico de este acto.

Sus estudios de Medicina los inició coincidiendo con el final del anterior régimen e inicio de la nueva etapa democrática. La Facultad de Medicina de Murcia, con pocos años de vida, en situación precaria, pero con gran ilusión, intentaba colaborar en la conversión de la obsoleta Universidad de Murcia en una Institución más moderna y más comprometida socialmente. En ese

contexto de nuevas esperanzas tuve el honor de contar con él como uno de mis mejores alumnos del primer curso de la Licenciatura de Medicina. Desde entonces, hace casi cuarenta años, nuestro afecto y amistad personal y, posteriormente, la de nuestras familias se ha fortalecido sin cesar.

La vocación académica investigadora le acompañó desde sus inicios y propiciaron sus brillantes calificaciones en la Licenciatura, su inmediata incorporación como profesor Ayudante y como miembro (incluso en su etapa de estudiante) del equipo investigador del departamento de Biología Celular dirigido por el profesor Hernández Calvo (en 1981) y su rápido y brillante doctorado (1983, dos años tras finalizar la Licenciatura).

Aparte de su experiencia en otros Centros como la Free University de Berlín, sin duda en la formación científica e investigadora histoquímica del entonces jovencísimo Dr. Ballesta jugaron un papel especial sus repetidas y amplias estancias en la Royal Postgraduated Medical School, en el grupo de una investigadora singular, la doctora Dame Julia Polak. Entre los éxitos científicos de la Dra. Polak figuran el uso de la inmunocitoquímica para la localización de diversas hormonas y el descubrimiento de varios neuropéptidos. Sus más de 1000 trabajos de investigación originales, libros, revisiones, etc. la hacen acreedora de ser considerada como uno de los científicos más prolíficos y citados del mundo, fruto sin duda de su carácter luchador, evidenciado, a nivel personal, por ser una de las supervivientes vivas más antiguas del mundo receptora de un trasplante de corazón y pulmón.

José Ballesta, como otros de sus discípulos, supo aprender de su tesón, esfuerzo e inteligencia y aplicarlos adecuadamente. Tras su regreso a Murcia fue recorriendo brillantemente su carrera académica e investigadora en la Facultad de Medicina, obteniendo en 1986 la plaza de profesor titular y en 1992 la de Catedrático de Biología Celular.

Hasta la fecha de finalización de su segunda etapa de Rector, el profesor Ballesta había sido investigador principal de cerca de una veintena de proyectos financiados en convocatorias públicas nacionales, y superaba la cifra de 80 el número de sus publicaciones científicas, mayoritariamente en revistas de relevancia científica internacional. Su reconocimiento internacional

se evidencia, por ejemplo, por su designación como chairman de una sesión del 9º Congreso Internacional de Histoquímica y Citometría celebrado en Maastricht, Holanda.

Un comentario especial merece su dedicación y esmero docente, evidenciado por la claridad y preparación de sus clases y la dedicación a sus alumnos. Es una impronta que ha logrado transmitir a todos los colaboradores de su grupo siendo muchísimos sus exalumnos que continuamente le expresan su agradecimiento por las enseñanzas recibidas.

Conoce a la Universidad y la quiere. Buena parte de sus esfuerzos los ha dedicado a labores de gestión y coordinación universitarias, desde la dirección de su Departamento, iniciada en 1987, hasta sus funciones como coordinador de Infraestructura (1990), Vicerrector de Infraestructura e Investigación (1992) o sus dos mandatos como Rector (1998-2006).

No me referiré, aun siendo admirable, a sus tareas políticas y también omitiré, por demasiado extensa la relación de premios y distinciones. Pero necesariamente he de referirme a Ballesta como amigo. Un dicho muy extendido reza así: 'Todo mundo quiere tener un amigo, pocos se toman la molestia de ser uno'.

Ser amigo, saber ser amigo es uno de los aspectos más ennoblecedores del ser humano. José Ballesta es y sabe ser amigo, amigo prudente e incondicional, de la clase que describía el injustamente demasiado olvidado dramaturgo Jacinto Benavente: 'El amigo que sabe llegar al fondo de nuestro corazón, ese, como tú, ni aconseja ni recrimina, ama y calla'.

La personalidad deportiva, prudente, inteligente, reflexiva, armoniosa, tranquilizadora y constructiva de José Ballesta sirve para envolver una gran pasión, la pasión por su familia. Él es un excelente esposo y padre, convencido de que, como Rousseau indicaba 'Un buen padre vale por cien maestros'. Y su vida familiar se enriquece (volvamos a las connotaciones científicas, ahora con reminiscencias geológicas y botánicas) con su esposa, Pilar, que simultáneamente sabe ser roca firme y rosa delicada. Las virtudes de los Viñas y de los Ballesta se distribuyen en sus hijos: José, con su equilibrio entre actividad y carácter reflexivo; Pilar, encantadora, aunque su carga genética nos

Contestación al discurso de Ingreso del Dr. José Ballesta Germán

amenaza con convertirse en inspectora de Hacienda; Juanito, con la vitalidad nuevamente expresada baloncestísticamente, y Lucía, que fue recibida como un último, delicado y dulcísimo presente.

Enhorabuena al profesor Ballesta por el nombramiento y enhorabuena a la Fundación por poder contar con el profesor Ballesta desde este momento. Muchas gracias.

ENTREVISTA AL PROFESOR JOVER ZAMORA, preparada por el equipo de redacción de la revista PANTA REI (se hizo en 1998, contaba el profesor Jover 78 años)

Antonino González Blanco: La primera pregunta que queremos hacer al profesor Jover es ¿vale la pena la Historia?, que nos diga él con su experiencia cuál es su punto de vista en relación con este tema.

JOSÉ MARÍA JOVER: ¿Vale la pena la Historia? Es una pregunta que tengo contestada de antemano porque le he dedicado prácticamente mi vida... ¡Valiente fiesta si la Historia no hubiera servido para nada! Pero, sobre todo, estoy absolutamente convencido de que la Historia es indispensable en la formación de los pueblos y en la formación de las personas.

Hay un *adagio* muy viejo que dice que *los pueblos que ignoran su Historia están condenados a repetirla*. Esto es cierto y, además, tenemos que llevar cuidado para que no afecte al pueblo español. Debemos conocer nuestra Historia. Pero, por otra parte, quizá uno de los factores que yo creo poco positivo en la civilización actual es eso que llamaría *presentismo*, aunque un historiador norteamericano le ha llamado de otra manera. Hay mucha tendencia a vivir el presente y a no tener en cuenta *ni* el pasado *ni* el futuro y, claro, uno de los factores básicos del hombre es el tiempo, en el cuál está inserto; y necesitamos conocer el pasado, necesitamos conocer una trayectoria para saber exactamente a lo que nos enfrentamos; en una palabra para optar ante el futuro. Somos tiempo, somos herederos de un pasado, tenemos la responsabilidad de un porvenir y no nos podemos liar la manta a la cabeza y vivir exclusivamente el presente. Creo que la Historia es necesaria no sólo

como saber científico, sino como algo que debemos tener en nuestra conciencia colectiva.

Antonino González Blanco: Muchas gracias, de eso continuaremos hablando más tarde; la segunda pregunta en conexión con ésta sería: ¿cuál es la función del historiador en la sociedad actual? ¿Solamente investigar, hacer de profeta, denunciar, hacer de divulgador y plantear problemas?

J.M.J.: Para empezar recordaría a **Larsen**, un historiador inglés, que con ese sentido pragmático que tienen los ingleses, habla de la necesidad de la Historia, de la utilidad de la Historia como referencia para determinar nuestra propia posición; es decir, solamente si nosotros conocemos una civilización determinada que tomamos como término de referencia y comparamos la nuestra con aquella, podremos determinar nuestra posición actual. Considero, pues, que la función del historiador, dentro de que tiene muchos quehaceres posibles, es fundamentalmente, la de formar nuevos historiadores, sobre todo los que somos profesores universitarios, pues tendemos a formar historiadores al mismo tiempo que damos cuenta y razonamos sobre nuestro pasado. Trayendo precisamente la pregunta que me acabas de hacer a la situación actual, creo que la misión del historiador y, sobre todo, la del historiador en vías de formación-y todos somos historiadores en vías de formación (hace nueve años que me jubilaron [*risas*] y me considero en pleno periodo de formación gracias a Dios)-es evitar, a toda costa, que se oriente, exclusivamente, a hacer *curriculum*, a tener este articulito, esta reseña, a presentar una comunicación, creo que un *gran* fallo de las promociones actuales que estudian Historia es no atender a hacer la obra, a hacer el libro, a hacer algo que quede como referencia para un buen tramo de su vida, creo que el historiador debe hacer una obra, de alguna manera debe tratar de reconstruir una situación histórica determinada, especializarse en una determinada época, hacer sobre ella su obra, una sólida tesis doctoral y dejar reconstruida un civilización de antaño y en torno a eso ver los flecos que dejó esa tesis, ver los aspectos secundarios que salen y luego tratar de comparar esa civilización con otras, asomarse a otros horizontes, no especializarse demasiado y no especializarse no sólo temporalmente, sino

tampoco con demasiada obsesión monográfica, no sólo en una época, sino tampoco sectorialmente, es decir, lo mismo los historiadores de la economía que los historiadores de las formas políticas, las relaciones internacionales, o los historiadores de la religión, o de cualquiera de los ramos en que está dividida la Historia debemos tener una atención preferente a la *Historia total*. La Historia total, global, debe ser una aspiración del historiador. Y en todo caso, cuando estamos dedicados a aquella rama de la Historia que más nos interesa, en mi caso las relaciones internacionales, tener en cuenta siempre que aledaño a nosotros mismos hay otros investigadores que están trabajando sobre aspectos con los cuales nosotros debemos contar, por ejemplo, un historiador de las relaciones internacionales debe saber la historia del derecho internacional, o la historia propiamente dicha; la ciencia de las relaciones internacionales, conocer el derecho internacional, son cosas que deben estar en su horizonte. Es lo que varios teóricos de las relaciones internacionales-entre otros Chabod o Renouvin-han llamado las *premisas* de las relaciones internacionales o las fuerzas *profundas*. En este sentido hay que considerar y tener en cuenta no sólo la Historia diplomática sino también los hombres y las situaciones que condicionan una decisión. Es decir, no debemos tomar excesivamente nuestra especialización sectorial, sino tener siempre la mirada abierta al que trabaja junto a nosotros en otra especialidad porque todos formamos parte del gran empeño, del vasto empeño de reconstruir una situación de antaño en su conjunto. No sé si he contestado exactamente a la pregunta.

A.G.B.: Y la función social del historiador al margen de la Historia, como hombre que desde la Historia. ¿Cuál es el mensaje que puede transmitir a la sociedad?

J.M.J.: La primera función social del historiador es procurar ser un historiador honesto, tener en cuenta que la sociedad tiene depositada en él una confianza especializada, específica, para reconstruir el pasado y por tanto tenemos la responsabilidad moral de trabajar bien, cosa que nos afecta a todos, también a nosotros. Creo que la responsabilidad social del historiador debe

tender en última instancia a insertar la situación del presente, la que estamos viviendo, en una larga duración, comparando con otras situaciones del pasado, sin dejarnos llevar por ninguna visión política determinada.

El historiador tiene que ser un ciudadano, ha de tener su opción política y ha de estar preocupado por los destinos de su patria, su país y del mundo, pero en el momento de ponerse a hacer Historia y, sobre todo, a exponer Historia tiene que tender a comprender una situación determinada, porque el bien y el mal no son patrimonio exclusivo de una ideología, ni de un sector social. La verdad, como dijo alguien, es una cosa que hizo explosión y se encuentra esparcida en preciosas y pequeñas partículas entre todas las ideologías, todas las orientaciones. El historiador debe tratar de comprender y abstenerse de hacer juicios morales. Por ejemplo, una cosa que a mí me ha interesado mucho: intentar ver una guerra, un conflicto, pero hacerlo como algo externo y perdiendo de vista o silenciando los factores de humanidad o de inhumanidad que están implicados en estos hechos me parece que es traicionar nuestra concepción de historiadores y nuestra ética profesional. Y luego, nosotros somos docentes de Historia; he reflexionado mucho sobre esto después de jubilarme, porque después de jubilarme (me jubilé en 1986, pero desde entonces aquí he trabajado *más... [risas]*): como historiadores debemos, sobre todo, llevar a los alumnos a conocer una situación del pasado y comparar la situación presente con aquella situación pasada. Además, todos los historiadores tenemos hoy una responsabilidad específica (por lo menos es la responsabilidad que yo veo delante de mí porque estoy trabajando en ello); me llamó la atención en los planes de estudio, de mi propia facultad que, en principio, la Historia aparece fragmentada en una serie de sectores enormes: historia de la vida privada, de la vida material, política, de las mentalidades... Pero es curioso, hay un sector de la Historia que está silenciado: la Historia de la Civilización, ya lo he escrito en un manifiesto por una Historia de la Civilización española, publicado como apéndice a un libro mío sobre la civilización española a mediados del siglo XIX. Creo que cuando se silencia una parte del pasado humano es porque esa parte está en crisis y yo creo que estamos atravesando una pavorosa crisis de civilización, y que a eso y no a otra cosa se debe que se estudie todo lo estudiable en Historia, que estemos

inspeccionando todos los sectores, viendo con lupa las ideologías y sin embargo nos ocupemos poco de los comportamientos, que importan por lo menos tanto como las ideas. Civilización no es lo mismo que cultura; se puede ser muy culto y carecer por completo de civilización, cosa de la cual en España tenemos ejemplos dramáticos. E inversamente, un campesino, un hombre de poquísima cultura puede comportarse civilizadamente por su respeto al orden de la *ciuitas*, por su humanidad, y creo que el camino nos lo abrió Altamira. Pero desde Altamira ha llovido mucho y hay muchos aspectos que estudiar y que afectan al comportamiento de las personas, a la forma de vida, a la civilización, en fin... a todo este conjunto de cuestiones a las que se les pone la rúbrica genérica de Historia social, pero que realmente forman una especie de alergia al término civilización. El horizonte, la empresa de nuestro tiempo, el desafío que tenemos delante, nuestra frontera es: rescatar la Historia de la civilización.

A.G.B.: Me da mucho gusto oír esto luego hablaremos más largamente del tema, pero esto nos lleva a una pregunta que hemos dejado sin plantear: ¿Cuál debe ser la preparación filosófica del historiador, debe ser un hombre puramente positivo, debe manejar conceptos como *cultura* y *civilización* entre otros muchos, los planes actuales de estudio (que ya ha respondido que lo dejan silenciado) no deberían enriquecerse con ese tipo de presupuesto que podríamos llamar filosóficos para afrontar o enfrentarse con la Historia?

J.M.J.: Bueno, acabo de decir y sostengo que el historiador debe comprender y tener en cuenta que la razón no está enteramente de parte de uno. Sólo la inhumanidad, la falta de respeto al otro, la falta de respeto a la condición humana, es lo que ...en fin... sin entrar a juzgar, es lo que debe poner de relieve ... Por otra parte, el historiador no puede cometer el fariseísmo de decir que carece de una concepción del mundo, porque si carece de una concepción del mundo no sé qué clase de historiador es. Aceptar la ortodoxia de un partido, de una ideología en la medida que le entorpezca la capacidad de conocer al otro no es una cosa buena; ahora, considero que el historiador necesita insertar su concepción de la Historia, su busca de la Historia en un sistema de valores. Yo

no he ocultado nunca **mi** condición de cristiano y a ella me atengo y ésta es mi jerarquía de valores. Pero creo que en todo caso el historiador sea cristiano o no lo sea, siempre enebra... incluso en la búsqueda y manera de aproximarse a los temas hay una concepción del mundo, porque no se puede pretender unificar la concepción del mundo de todos los historiadores, diciendo que tiene que haber una concepción del mundo **fuera** de la cual no se puede ser historiador. Pero lo que sí creo que todos los historiadores debemos hacer es reconstruir el pasado y comprenderlo humanamente. No sé si contesto a la pregunta.

A.G.B.: Creo que perfectamente. Nos queda una última parte. ¿Qué diría un maduro historiador a los jóvenes estudiantes, qué consejos daría de cara a conseguir una formación más integral, qué es lo que tienen que hacer? El plan de estudios es el que es y no tenemos más. ¿Qué consejos se le pueden dar a un estudiante cuando tiene ganas de trabajar más, qué consejos se le pueden dar de tipo orientativo?

J.M.J.: Dar cauces. Atender a los clásicos, actualmente tenemos en la Historia un afán de conocer la última novedad, el último libro, la última monografía, esto es indispensable, hay que conocer el estado actual de las cuestiones, pero los historiadores y sobre todo los historiadores viejos, sabemos que en toda época histórica, en la Historia de la historiografía, las distintas cuestiones han contado con **unas** obras clásicas a las cuales se han ido haciendo críticas, porque sin crítica no hay Historia ni ciencia; se han ido haciendo críticas puntuales, aportaciones monográficas, hasta que llega el momento en que el estado de la cuestión es verdaderamente nuevo y entonces hace falta una obra de conjunto. Por citar un ejemplo, la obra de Braudel sobre el Mediterráneo, como visión global del Mediterráneo del siglo XVI, no se ha cambiado, aunque hay innumerables puntos necesitados de revisión en la obra de Braudel, y sin embargo ahí está. La obra de Ranke sobre la visión de Europa como un sistema de Estados en busca del equilibrio; en pugna continua entre equilibrio y hegemonía ha estado vigente hasta la II Guerra Mundial. Después de la II Guerra Mundial, cuando resultó que las fuerzas vencedoras no eran las

fuerzas continentales, es decir, que el ombligo del mundo no era el continente sino lo que llamó Barraclough las potencias flanqueantes, entonces debemos tener en cuenta que las ideas de Ranke respondían a otra época histórica, porque vivimos otra época de Historia mundial, donde Inglaterra o España han llevado a cabo su Historia europea creando la Europas de ultramar pero no interviniendo en el continente. Pongo esto como un ejemplo de los grandes clásicos que sientan un estado de la cuestión, que dura quizá ahora una sola generación o dos generaciones, porque la Historia transcurre muy deprisa, pero así ha ido avanzando la Historia. Por lo pronto lo que hace falta es conocer a los clásicos, en segundo lugar, una vez elegida especialidad, emprender la crítica de esos clásicos, y cuando se llega a la madurez o se tienen las condiciones y la vocación (aunque las condiciones exteriores no dependen de uno) intentar hacer una obra clásica en la medida que a uno se le alcance.

A.G.B.: Y algún tipo de consejo particular, aparte de esto de tipo general, por ejemplo ¿conviene estudiar lenguas, ir al extranjero o a algún tipo de cursos especiales? Algo que pudiera recomendarse de manera muy general, evidentemente.

J.M.J.: Bueno, a mí en este orden de cosas se me ocurren dos cuestiones que llevo muy dentro, que practico y he practicado siempre: primero, los estudiantes de Historia actuales están destinados a ser ciudadanos de Europa, y lo mismo que España es una realidad plurilingüe, pero Europa en mucha mayor medida, creo que el conocimiento de los tres principales idiomas de Europa occidental son indispensables, no sólo como medio de relacionarse con el otro. El alemán o el francés no son sólo medios para comunicarnos con los franceses o los alemanes, llevan en sí concepciones del mundo, maneras de enfrentarnos con la realidad, culturas que nos ayudan a tener una visión más amplia de nuestro propio horizonte. Los jóvenes actuales deben prepararse para ser ciudadanos de Europa, de la misma manera que en el siglo XV los aragoneses, los castellanos o los gallegos o los portugueses tuvieron que disponerse a ser ciudadanos de España, de una manera análoga, no digo que sea lo mismo pero sí *es* análogo. Y

la otra idea sobre la cual insisto es que la primera ciencia auxiliar del historiador es aquella lengua en la cuál va a exponer sus conocimientos; hemos de tener en cuenta que nuestro oficio sirve para transmitirlo, si no se transmite oralmente o por escrito no tiene sentido, no se es historiador para encerrarse entre libros y aprender cosas y llevárselo uno dentro, sino precisamente para reelaborarlo y para expresarlo, para exponerlo.

Naturalmente el recurso expresivo, que es nuestra lengua, la lengua de cada uno, debemos conocerlo a fondo y muy bien porque con un vocabulario de muy pocos millares de palabras no se puede poner ningún contenido histórico en ninguna de las especialidades con la precisión, ausencia de equívoco que requiere la transmisión de un conocimiento histórico. Nuestro quehacer es distinto al del técnico que hace cosas, dibuja o programa. Lo nuestro es transmitirlo y, precisamente, transmitirlo verbalmente; cuando un historiador no dispone del suficiente vocabulario, no utiliza cada palabra con el sentido preciso que le corresponde dentro de la comunicación que quiere hacer y, en consecuencia, no puede ser buen historiador; por eso yo recomendaría a todos los estudiosos de Historia que procuraran ensanchar su castellano (estoy hablando para castellano-hablantes como somos los murcianos), que cuando estuvieran estudiando una época pretérita tuvieran en cuenta el valor distinto que determinadas palabras tenían entonces, al que tienen ahora. Si leen una novela (para **mí** esto ha sido revelador), si leen por ejemplo la novela de Torquemada de Galdós se dan cuenta cómo hay un vocabulario de situación y cómo hay un conjunto de palabras que van ligadas a una etapa de un ascenso social, es decir, el lenguaje utilizado en una **época** determinada nos sirve para recoger muchos matices históricos. Pero por otra parte, hay palabras... la palabra **monarquía** no quiere decir lo mismo ahora que en el siglo **XV**, y así muchas palabras. Necesitamos conocer muy bien nuestra lengua, en primer lugar para entender el lenguaje que nos da el pasado, y también para poder transmitir exactamente lo que hemos logrado elaborar.

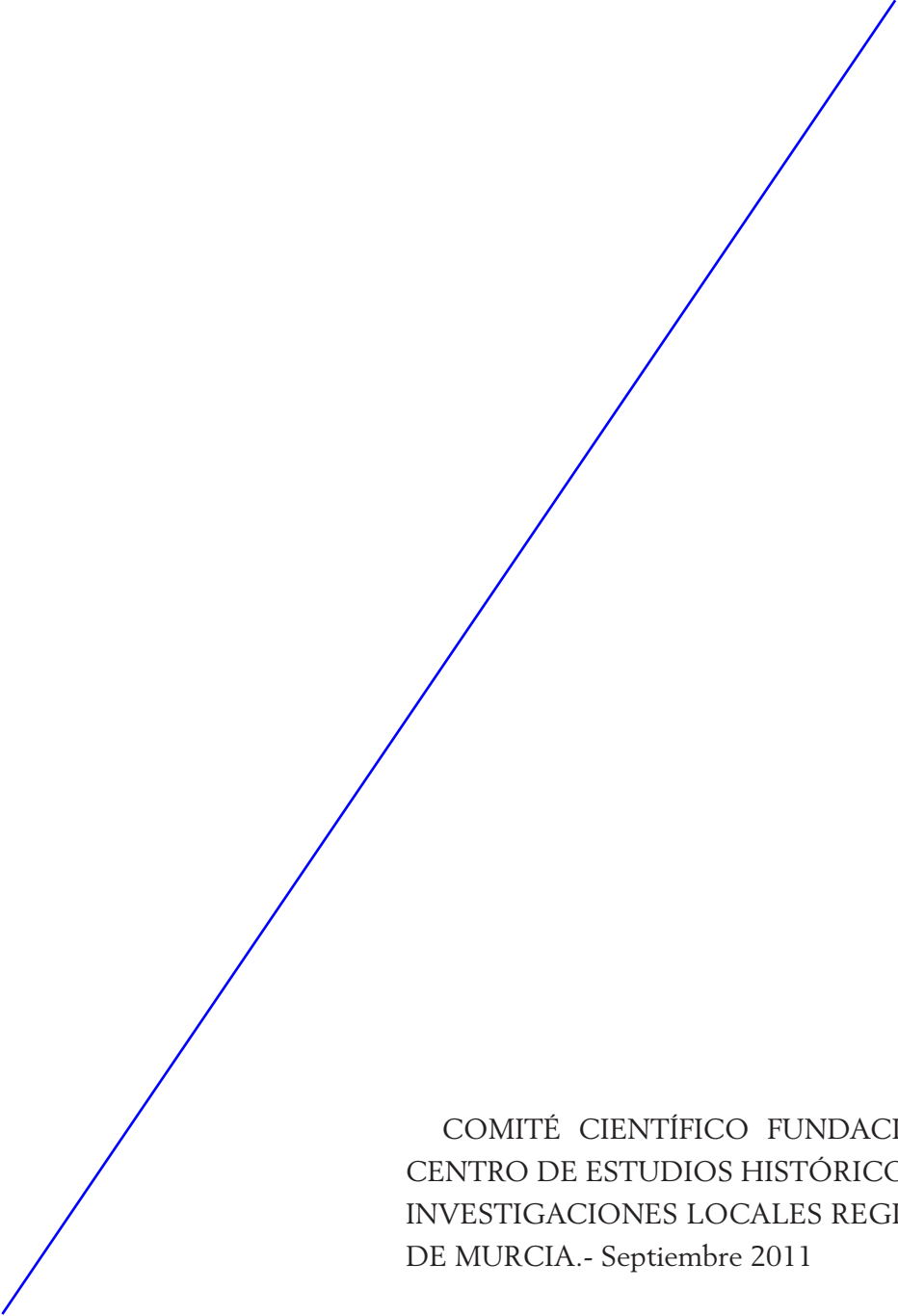
A.G.B.: Al filo de esta respuesta yo haría una pregunta que me es muy querida: ¿qué opina usted de la moda o manera de ser de la Historia del XIX

donde cada historiador además de hacer esa gran obra que era la obra de su vida, después, no sé si todos, pero muchos hacían su novela histórica de la época en cuestión? ¿Eso es un desafío, es una cosa deseable, es una cosa posible? ¿Se puede hoy, que tan de moda está la novela histórica, pueden los historiadores permitirse el lujo de afrontar el tema y tratar de hacerlo con interés?

J.M.J.: Creo que esto es una cuestión de coraje y de decisión personal. Yo desde luego no me atrevería en absoluto a hacer esto. Al historiador la imaginación debe servirle para levantar hipótesis, para indagar problemas, para llegar al conocimiento más profundo y entender bien a algunos hombres de antaño en situaciones de antaño. Ahora bien, utilizar la fantasía, o la imaginación para transmitir la idea de que la frontera entre la novela histórica e historia científica es indecisa, me parece que es prestarle un malísimo servicio a la Historia y a la novela. Podemos conocer las costumbres, las formas de vida, la sensibilidad social de distintos grupos sociales del siglo XIX; haremos muy mal si nos vamos a don Roberto la Fuente o nos vamos a Antonio Cánovas del Castillo, debemos irnos a Galdós, a Clarín, a Palacio Valdés, a Pereda, y allí tratando históricamente estos contenidos, verdaderamente podremos responder a muchas preguntas que se plantea la historiografía actual, pero cuyas fuentes son literarias, es decir, yo creo que hay que distinguir categóricamente entre el historiador que se pone a escribir novelas y *el historiador que utiliza la novela para hacer Historia.*

(Aquí el Dr. Jover decide poner fin a la entrevista, un poco nervioso dando la impresión de que el tema le ha hecho sufrir y no tiene ganas de extenderse más sobre el mismo).

Entrevista al profesor Jover Zamora



COMITÉ CIENTÍFICO FUNDACIÓN
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS E
INVESTIGACIONES LOCALES REGIÓN
DE MURCIA.- Septiembre 2011

MIEMBRO	SUSTITUCIÓN 1:	SUSTITUCIÓN 2:
1. Arango Vila-Belda, Joaquín. Ex-Presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas. Director Programa Migraciones Fundación Ortega y Gasset.		
2. Aroca Ruiz-Funes, José María (+). Ex-Alcalde de Murcia, Ex-Presidente del Consejo Social de la Universidad de Murcia.	Pendiente de nombramiento	
3. Ártola Gallego, Miguel. Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales. Catedrático Emérito Historia Contemporánea. Universidad Autónoma de Madrid.		
4. Bermúdez Aznar, Agustín. Catedrático Historia del Derecho. Universidad de Alicante.		
5. Bódalo Santoyo, Antonio. Ex-Alcalde de Murcia. Catedrático de Química. Universidad de Murcia.		
6. Capel Sáez, Horacio. Catedrático de Geografía de la Universidad de Barcelona.		
7. Carpintero, Heliodoro. Catedrático de Psicología. Universidad Autónoma de Madrid.		
8. Cerdá Ruiz-Funes, Joaquín (+). Catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Barcelona.	Roca Guillamón, Juan. Catedrático de Derecho Civil. Ex Rector de la Universidad de Murcia y Ex Presidente de Caja de Ahorros de Murcia.	

<p>9. Domínguez Ortiz, Antonio (+). Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales. Catedrático de Geografía e Historia de Enseñanza Secundaria.</p>	<p>Fernández Álvarez, Manuel. Profesor Emérito. Universidad de Salamanca y miembro de la Real Academia de la Historia (+)</p>	<p>Martínez Shaw, Carlos. Catedrático de Historia Moderna U.N.E.D. y miembro de la Real Academia de la Historia.</p>
<p>10. Jarauta Marión, Francisco. Catedrático Filosofía. Universidad de Murcia.</p>		
<p>11. Cuadrado Díaz, Emeterio (+). Doctor Honoris Causa por la Universidad de Murcia. Ingeniero.</p>	<p>González Blanco, Antonino. Catedrático de Historia Antigua. Universidad de Murcia. Profesor Emérito.</p>	
<p>12. Jover Zamora, José María, (+). Doctor Honoris Causa de la Universidad de Murcia. Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid.</p>	<p>Ballesta Germán, José. Ex Rector de la Universidad de Murcia. Catedrático de Medicina. Universidad de Murcia. Consejero de Universidades, Empresa e Investigación de la Comunidad Autónoma de Murcia.</p>	
<p>13. López Piñero, José María, (+). Catedrático de Historia de la Medicina. Universidad de Valencia.</p>	<p>Sánchez Ron, José Manuel. Catedrático Historia de la Ciencia. Miembro Real Academia de la Lengua Española.</p>	
<p>14. Lozano Teruel, José Antonio. Ex Rector de la Universidad de Murcia. Catedrático de Bioquímica de la Universidad de Murcia. Presidente Consejo de Administración del diario La Verdad de Murcia.</p>		
<p>15. Montoro Fraguas, Antonio. Ex Rector de la Universidad Católica San Antonio y Ex Presidente de la Asociación de la Prensa de la Región de Murcia.</p>		

<p>16. Pérez Crespo, Antonio. Abogado. Ex presidente Comunidad Autónoma de Murcia. Cronista Oficial de la Región de Murcia.</p>		
<p>17. Pérez Sánchez, Alfonso Emilio. Ex-Director Museo del Prado y Catedrático de Historia del Arte. Universidad Complutense de Madrid (+).</p>	<p>Bonet Correa, Antonio. Catedrático Historia del Arte. Director Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.</p>	
<p>18. Torres Fontes, Juan. Ex-Director Real Academia Alfonso X el Sabio. Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Murcia. Profesor Emérito.</p>		

